

Después hablamos de Arturo; le aconsejamos que no fuese á dar pasos que lo pudieran comprometer; querida amiga, le decíamos, sería muy triste pesarse continuamente sobre vd. el remordimiento de la muerte de su esposo...! pues no hay duda que si se descubrieran, todos sus crímenes tendría que pagarlos con la última pena!

Marta, no se deje vd. jamás cegar por la desesperación ni la cólera; son muy mezquinas estas pasiones para abrigarse en ese corazón tan noble como el suyo! Tampoco infunda vd. estos sentimientos en sus buenos protectores, y mucho menos en Julia. Si fuese posible quitar á Arturo una fortuna que no le pertenece, y que está empleando mal; trabaje vd. con empeño en que se le despoje de ella; pero si como es de creerse la ha tirado ya con una vida dicipada, entonces... no lo acuse vd. Marta, déjelo en paz y ruegue á Dios por su conversión. Si es posible, ponga vd. indirectamente los medios para ello, pero no lo comprometa vd. de ninguna manera, porque moriría en la impenitencia final, maldiciendo quizás á su esposa y á su hijo!

Marta nos escuchaba con atención; cuando hubimos concluido, nos miró con ternura, y nos dijo: vuestros consejos normarán en adelante mi conducta, nó, nó piensen jamás que hubiera po-

dido desear nunca la muerte á mi esposo, si y mis pasos pueden comprometerlo, estoy resuelta á evitarlos; pero nunca seré una criminal!

Lo que me angustia de una manera inmensa es la idea de no poder conquistar de nuevo mi honra, ofendiendo así el recuerdo de mis padres...! y esto es muy difícil!

Mis palabras ¿qué mérito tienen para ser creadas? y ¿cómo comprometer á Arturo? Terrible es en este punto mi situación!

Quiero sin vacilar ni un instante, que se me devuelva una honra, que jamás he pensado en perder, que nunca he podido manchar!

Después de esta exclamación permaneció sumergida en una meditación profunda, en la cual la acompañamos, porque efectivamente era muy difícil, que su deseo, tan natural por cierto, pudiera tener cumplimiento, y era por otra parte igualmente imposible, que ella quisiese quedar señalada con una mancha tan espantosa, que ofendía la memoria de sus padres queridos, y también recaía sobre su hija idolatrada!

Solo Dios podía inspirarla y ayudarla en empresa tan árdua!

El resto de la tarde lo pasamos muy tristes: Marta consideraba que eran aquellos los últimos



momentos que estábamos juntas, y nosotras también nos encontrábamos dominadas por esta idea.

En la noche vinieron nuestros queridos padres, á los que Marta refirió brevemente su entrevista con Mr. N. y ellos le dieron entonces los mas amistosos consejos, abriéndole con ellos un vasto campo á la meditacion.

Por fin, las once marcó el reloj cuando nos despedimos de Marta; le ofrecimos volver temprano para tener el gusto de acompañarla en su nueva residencia, y luego le recordamos de nuevo que aquel dia nos pertenecía, puesto que era el último.

Las lágrimas brillaron en sus ojos al escuchar nuestras palabras, y no pudieron menos que arrancar también las nuestras! Nos abrazamos y salimos profundamente conmovidas.

Al siguiente dia nos levantamos muy de madrugada; pues teníamos que arreglar nuestro equipaje para trasladarnos á bordo aquella misma tarde. ¡Que disgusto nos causaba embarcarnos de nuevo!

La mar nos tenia ya fastidiadas á pesar de su poético encanto, teníamos mas fuertes motivos en esta ocasion para que nos fuesen sensible abandonar la tierra.

Largas horas empleamos en componer los equi-

pajes, en seguida nos dirigimos al Hotel Metropolitan, donde Marta hacia ya largo rato que nos esperaba.

Le manifestamos el poco tiempo que teníamos disponible, y la invitamos á que dispusiera pronto su traslacion á casa de Mr. N. para que tuvieramos el gusto de acompañarla, luego enviamos por un carruaje; pronto se dispuso todo, y nos encaminamos á casa de su protector.

Sin duda el buen anciano escuchó el ruido del coche que se paraba, porque sin tocar la puerta nos fué abierta, y Mr. N. tendia sus brazos á Marta, á quien la señora esperaba en el primer tramo de la escalera.

Pronto estuvimos arriba, entónces Mr. N. llevando á Marta de la mano, ven hija mia, le dijo, quiero conducirte directamente á tu departamento, con eso desde este momento tomas posesion de él.

Atravesamos un elegante guarda-ropa, la asistencia y un pasadizo largo, y nos encontramos en un precioso saloncito perfectamente puesto, con un hermosísimo clave y las pinturas mas simpáticas, representando bellos y risueños paisajes, en seguida entramos á una recámara, adornada también con muchísimo gusto, aunque con mucho menos elegancia que la sala: en esa pieza habia



dos camas, la una grande destinada á Marta y la otra pequeña para Julia:

De esta recámara pasamos á otra donde se encontraba la criada que le destinaban; Mr. N. dijo entónces á Marta; esta mujer, hija mia, cuidará de Julia, y estará á tu disposicion para cuanto se te ofrezca.

Pasamos despues á otra nueva pieza: aquí puedes guardar tu ropa, Marta, exclamó el anciano, esta pieza como la ves se encuentra dividida, y es que contiene un baño para que puedas hacer uso de él cuando gustes: comedor y cocina no te hemos preparado, porque suponemos que nos darás el gusto de acompañarnos á comer siempre, excepto el dia que quieras hacerlo sola, en cuyo caso te servirán en tu pieza la comida.

Terminaba el pequeño departamento con una especie de cenador lindísimo, cubierto de plantas, pájaros y flores. ¿Te parece bien, hija mia, tu nueva morada? Preguntó á Marta con mucha dulzura Mr. N.

No solo me parece preciosa, sino muy extensa y muy buena para mí, pues con una sola pieza que me hubieseis destinado, padre mio, me habria considerado feliz!

No, Marta, te destinamos el departamento

aislado, que mandé construir á mi hijo querido, cuando trajo en matrimonio á su querida compañera, y nadie desde que él partió lo ha ocupado jamas.

Sí, Marta, un hijo casado y radicado hasta hoy en Washington; tiene una excelente esposa y cuatro hijos, ya lo conocerás; ¡Y si es tan bueno como vosotros, voy á quererlo mucho! exclamó Marta.

Despues de permanecer aun largo rato en el departamento de Marta, pasamos al salon, y Mr. N. entónces se dirigió á nosotras, invitándonos á comer en su compañía. Supongo nos dijo, que no abandonaréis á vuestra amiga en su nueva habitacion, pasando el dia á su lado, y honrándonos con vuestra compañía.

Nuestra hermana expresó entónces á Mr. N. los motivos que nos impedían aceptar su invitacion, y Marta levantándose, y rodeando con su brazo el cuello del anciano añadió:

Yo tambien os dejo, padre mio, esta tarde tendremos que separarnos, y quiero pasar con ellas las pocas horas que nos restan de estar reunidas!.....

Muy natural es tu deseo, hija mia, dijo el anciano, y léjos de desaprobalo, yo mismo te ruego que pagues ese tributo á la amistad!



En seguida nos levantamos, nos despedimos de los buenos esposos encomendándoles á Marta, y salimos de aquella casa en compañía de nuestra buena amiga y la pequeña Julia, que estaba muy engreida con nosotras.

Tristes y silenciosas estuvimos durante todo el camino: una sola idea nos preocupaba á todas!... un mismo pensamiento oprimía nuestro corazón! . . . .

Cuando llegamos al hotel, ya el equipage lo habian trasportado á bordo, y todo indicaba en nuestras piasas una pronta partida.

Al entrar en ellas Marta prorrumpió en amargo llanto, y nosotras lloramos tambien, porque el mismo dardo que heria su pecho, atravesaba nuestros corazones!

Así pasamos tres horas en tristes lamentaciones, en promesas y recuerdos! Nos prometimos escribirnos mutuamente, cambiarnos nuestros retratos, y despues de haber agotado todos los recursos que podian hacer ménos dura nuestra separacion, procuramos dominar nuestra emocion porque la hora de comer se aproximaba, y era preciso borrar las huellas de nuestro llanto: por la última vez nos sentábamos á la mesa del hermoso Clarendon!

Cuando hubimos concluido, nos despedimos no sin sentimiento de las nuevas amigas del Hotel; nos dieron estas algunos recuerdos, y se mostraron muy sensibles á nuestra partida.

¡Sufrimos tambien nosotras al darles el último adios! ¡Ay! cuando se viaja, por do quier se dejan regadas simpatías: siempre el corazón tiene que deplorar la pérdida de algunos seres que le eran queridos, y á quienes se hallaba unido, por el dulce vínculo de la amistad! . . . .

Cuando hubimos concluido de despedirnos de nuestras buenas y simpáticas amigas, nos fuimos en compañía de Marta, á recorrer por la última vez el hermoso y espacioso Clarendon, admirando de nuevo el orden, la limpieza y el lujo que reina en los hoteles de Norte América.

¡Triste era para nosotras todo aquello, porque siempre es doloroso abandonar los lugares donde hemos gozado, y á los que quizá no volveremos jamás! . . . .

Despues aun salimos á dar una última vuelta á las principales calles de la ciudad.

Eran las seis de la tarde, la hora de partir habia llegado, y los carruajes esperaban á la puerta, entónces entrando á nuestras piasas tomamos los sacos de viaje y nuestros abrigos, y poniéndonos



los sombreros, nos dispusimos á partir acompañadas por multitud de amigos y buenas amigas del hotel; bajamos la amplia escalera de blanco mármol, y cuando estuvimos abajo dimos un estrecho abrazo á nuestras amigas diciéndoles el último adios, y con los ojos humedecidos por el llanto subimos á los carruajes. Marta subió también, y varios amigos nos acompañaron subiendo en otros carruajes que siguieron á los nuestros.

Pronto perdimos de vista el hotel, y nos internamos en las populosas calles de Nueva York, siempre animadas, respirando siempre la vida y el movimiento.

Volvimos á pasar entónces por Broodway que vimos con verdadero sentimiento, lo mismo que algunos otros puntos, en que habíamos pasado ratos sumamente gratos!

El corazón forma en sí mismo un verdadero contraste, que apenas puede concebirse, tiene ratos de grandeza y de fuerza extraordinaria, que á todo se sobrepone, y no pueden ménos que llamar la atención, y otros en que algunas debilidades lo abaten y quebrantan: el nuestro experimentaba estos efectos, y era tanta nuestra sensibilidad al abandonar cada uno de los sitios en que habíamos pasado algunos momentos gratos, que á menudo nos conmovíamos por cosas que otros

habrían visto con suma indiferencia, ¡así es el corazón!

Caminamos largo rato pasando por diferentes lugares, y despues de algun tiempo nos volvimos á encontrar en la hermosa bahía que tanto nos había recreado.

¡Ay! Que sensaciones tan tristes se apoderaron entónces de nuestro corazón!

Abandonar otra vez la tierra para volver á entrar en la vida de la mar!

El Cuba era el vapor que debía conducirnos á Europa: íbamos á desembarcar en Liverpool, para trasladarnos en seguida á Lóndres, y luego á Paris.

Paris es el lugar que todos ansian conocer, su fama ha corrido por todas partes, el atractivo que tiene para todos los viajeros es indisputable.

Es la hermosa población donde se recrean, el sitio en que se ensancha el corazón, y se mitigan las penas.

Nosotras habíamos oido hablar tanto de Paris, que participábamos de esos sentimientos, y alentábamos el deseo mas grande por encontrarnos en él, con la perspectiva de permanecer allí algunos dias ántes de proseguir nuestro camino.



ó mas bien dicho, gozando de todos los risueños panoramas que nos presentaba la imaginacion sobre esa misma ciudad.

No obstante, hay ocasiones en que la esperanza de un goze no puede acallar el tormento que a veces experimenta el corazon, y la idea de volver á embarcarnos, la vida á bordo, nos tenia fastidiadas, y aborreciamos ya la navegacion.

Caminar por tierra habria sido para nosotras un verdadero placer; pero en la mar nos desagradaba en grado sumo.

Sin embargo era preciso, en esa tarde debia partir el vapor, el muelle se encontraba cubierto de pasajeros, que como nosotras tenian que abandonar aquel dia á Nueva York, el movimiento era inmenso, la animacion extraordinaria.

Marta á nuestro lado lo contemplaba todo con un aire de marcada melancolía, y las lágrimas á su pesar se escapaban de sus ojos.

Apénas arregló papá todo lo concerniente al equipaje, se unió á nosotras que lo esperábamos por un punto inmediato, y dirigiéndonos al muelle, pasamos de este al Cuba, y pronto nos hallamos en el vapor. Marta nos acompañaba siempre, recorrimos con ella el hermoso buque, que era uno de los primeros de la línea inglesa, y muy

superior al Manhattan en que ántes habíamos hecho la travesía de Veracruz á Nueva York.

Nuestros camarotes estaban muy bien situados y en todo el buque se notaba gran lujo y comodidad.

A pesar de esto, nuestro corazon se oprimió al encontrarnos de nuevo á bordo, teníamos en perspectiva una navegacion de 10 á 12 dias, y esto no podia ménos de disgustarnos.

Cuando hubimos recorrido todo el vapor, subimos sobre cubierta, el momento de partir se aproximaba ya; era inmenso el movimiento que allí habia, por todas partes se veian grupos de pasajeros que iban y venian, sacos de viaje, provisiones, comestibles, todo invadia en aquellos instantes la cubierta del buque, centro de la vida y de la animacion.

Nos hallábamos entretenidas observando todo esto, cuando el sonido de una campana, involuntariamente nos hizo estremecer.

Era aquella la señal, para que todos los que no partian saliesen del vapor: el semblante de Marta se demudó, todas guardamos silencio.

El segundo tañido de la campana se hizo oír. El momento ha llegado, exclamó nuestra tierna amiga con apagado acento, y bañada en lágrimas



se precipitó en nuestros brazos, dándonos el poder adios.

Nuestra despedida fué tierna y dolorosa, nuestras lágrimas corrieron juntas, las palpitaciones de nuestro corazón se confundieron, y nuestros labios inertes para todo, solo se abrieron para articular una palabra, que se escapaba de nuestro pecho entre los sollozos y las lágrimas ¡adios, adios!... Aquella triste escena despedazaba el alma! Esa despedida nos hacía sufrir doblemente, porque nos traía á la memoria la que habíamos tenido en México con nuestra inolvidable familia!

El tercer tañido sonó, y á pesar nuestro tuvimos que separarnos de los brazos de nuestra tierna amiga, después de haber igualmente cubierto de besos y caricias á la tierna Julia!

¡Que momento tan doloroso fué para nosotros aquel..... jamás lo podremos olvidar!

Nos dejamos caer en los asientos del vapor, que se encontraban en la cubierta, con la vista fija en Marta, que por doquier nos seguía correspondiendo nuestras miradas.

Un fuerte cañonazo hirió repentinamente nuestro oído ¡era aquella la señal de la partida! y efectivamente, el vapor comenzó á surcar pausadamente las aguas.

Nuestros pañuelos flotaron largo tiempo por el aire dirigidos á nuestros amigos, á Marta especialmente!

Poco tiempo después todo lo fuimos perdiendo de vista; pues el vapor fué tomando toda su fuerza.

Nuestro corazón, en esos primeros momentos, se encontraba grandemente angustiado por todas esas pequeñas circunstancias, que anteceden á un viaje y siempre conmueven. Marta nos ocupaba mucho: la primera vez la teníamos en nuestra compañía durante la navegación, la cual por esta circunstancia, se nos hizo más comfortable; ahora caminábamos sin ella, y comprendimos que el fastidio se apoderaría bien pronto de nosotras con toda su fuerza.

Repentinamente, hirió nuestra memoria un recuerdo ¡la cartera! ¡ah! ella debía contener sin duda algo interesante, que quizás podría servirnos de distracción! nos parábamos ya para ir á tomar, cuando se hizo oír el toque que llamaba á los pasajeros al té.

Efectivamente ya la oscuridad era densa, y preciso nos fué entonces dirigirnos al comedor, que se hallaba situado en la cubierta del buque; pues hay gran variedad en la distribución y forma interior de los vapores, ocupamos los prime-



ros lugares a l lado del capitan en la primera mesa, y entonces dirijimos una mirada hácia los que debian ser nuestros compañeros de viaje; la mayor parte, ó mas bien todos parecian ingleses, ó nörte-americanos, no se oia mas idioma que el inglés, y en toda aquella multitud de pasajeros no encontramos un semblante que nos simpatizara, por lo cual comprendimos desde luego que no estrecharíamos amistad con nadie en esa navegacion.

Además, habíamos sufrido demasiado con la separacion de Marta, y no queríamos formar nuevas relaciones, cuya pérdida despues nos fuese sensible y dolorosa.

Bajo tales resoluciones emprendimos la travesía, dispuestas á observar durante ella una vida de retraimiento, y á no intimarnos con ninguno de los que nos acompañaban, y á esto nos ayudó no poco el caracter retraido de las inglesas, con las cuales tan solo tuvimos durante la travesía esas frias relaciones puramente de sociedad.

En cuanto á los caballeros nó sucedió así, pues en extremo galantes con nosotras, nos fué preciso tratarlos íntimamente, y tener con ellos mas estrecha amistad.

Nos propusimos además imponernos durante

la navegacion del contenido de la cartera, y esto, segun habíamos podido juzgar, haria ménos monótona nuestra vida á bordo, y nos proporcionaria horas de grato soláz.

Mas es tiempo ya de concluir este capítulo, para poder introducir á nuestros lectores en otro, en el interior de nuestra vida en el mar, durante nuestra larga y feliz travesía, por las agitadas aguas del Atlantico, en el hermoso *Cuba*, cómodo vapor en que navegávamos.